

CAPÍTULO 4.

UNA FORMA FEMENINA DE SER INTELECTUAL:

ROSARIO CASTELLANOS (ENERO, 1969-MARZO, 1971)

Como lo señalé en el capítulo anterior, los escritores tenían un margen restringido de autonomía que se sujetaba al campo cultural dependiente del campo de poder preocupado por vigilar, debilitar o aniquilar toda fuerza política que se constituyera en su adversaria ideológica. Por eso, es importante determinar si la actitud contestataria de Castellanos, plasmada en sus editoriales acerca del movimiento estudiantil de 1968, representó, nada más, una etapa de furor político en la que la escritora se solidarizó con los universitarios o si, más bien, a partir de ella se intensificó la producción de publicaciones de corte político. Para observar lo anterior, a diferencia de los capítulos anteriores, en los que comencé ofreciendo datos de periódicos y archivos que permiten situar la participación de la escritora en el terreno político, en la primera parte interpreto sólo sus editoriales. La razón es que el corpus que seleccioné muestra muy bien la manera en la que se igualó con el pueblo mexicano y sus necesidades de justicia y, en esa misma medida, explica los aspectos en los que se distinguió deliberadamente de *los* intelectuales de su época.

CRÍTICA POLÍTICA Y SOCIAL, 1969

El 18 de enero de 1969, Rosario Castellanos publicó “Digo yo como mujer: frente a Yucatán y Atenancingo”. En este editorial, lejos de suavizar su enfado ante los abusos del poder, resaltó su desagrado: “La lectura del periódico de ayer puso de manifiesto

ante nuestros ojos la frecuencia con que últimamente ha estado ocurriendo un fenómeno que, desde luego, no es grave, ni siquiera significativo. Pero que más vale conjurar porque alcanza la categoría de molesto”.¹ La editorialista se refirió a un conjunto de conflagraciones que se dieron por causas similares en distintas latitudes del país: los henequeneros de Yucatán, los ejidatarios de Atenancingo y las mujeres de la colonia Barrio Norte del Distrito Federal fueron defraudados por funcionarios corruptos y, ante sus fallidas tentativas de justicia, decidieron sublevarse con el consiguiente resultado de que las autoridades los reprimieron, y recompensaron a los causantes de su descontento. Desde esa lógica de un mundo de revés, Castellanos les “recomendó” a los perjudicados: “desengañense. La verdad no está, como ustedes ingenuamente creían, en las páginas de Marcuse y de otros teóricos igualmente peligrosos y desorientadores. Vuelvan a la cordura. Invoquen al PRI. Aún es tiempo”.² Es interesante que Castellanos contrapusiera a dos figuras políticas en su comentario: Marcuse, el pensador que “perdía” con sus teorías al proletariado versus el partido político que les “garantizaba” paz y estabilidad a los menesterosos. Con ese gesto irónico quiso evidenciar lo que ella llamó el tirano cíclico omnipresente en la relación opresor-oprimido. Por lo mismo, la escritora invocó al “tapado”, y lo invitó a seguir los métodos que en Oriente le garantizaron popularidad a un mandatario:

El método al que me refiero es el que usó el primer ministro japonés, Sato. Unos aprobaban su política, otros la condenaban hasta que supieron que le pegaba a su mujer. Entonces se hizo el milagro. No hubo quien no coincidiera en aplaudirlo. Su índice de popularidad subió hasta el máximo. Y con razón. Un hombre que

¹ Rosario Castellanos, “Digo yo como mujer: frente a Yucatán y Atenancingo”, en Andrea H. Reyes (comp., intr. y notas), *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*, vol. II, México, CONACULTA, 2006, p. 220.

² *Ibid.*, p. 222.

demuestra que es un hombre y que es capaz de manejar los asuntos domésticos con mano de hierro merece admiración, respeto y loas. Allá, en el país del Sol Naciente. Y, si no me equivoco, ya que soy conocedora profunda del alma de mi pueblo, aquí también.³

Castellanos jugó con este ejemplo para referirse, en realidad, a la actitud violenta con la que el PRI garantizaba su popularidad a costa de reprimir a los débiles, representados en la figura de la mujer. Por eso, es significativo que la escritora advirtiera que el poder mantenía su estabilidad basándose en las fórmulas ya probadas, pero también es significativo que decidiera asumirse con identidad femenina ante sus lectores. Al elegir el título “Digo yo como mujer: frente a Yucatán y Atenancingo”, no se presentó como una estudiosa de los problemas de México, se colocó del lado de los desprotegidos, de los agraviados, de los combativos.

Más de una ocasión manifestó la misma empatía, me atrevería a decir que ese gesto la hizo portavoz de los sectores marginados. El 26 de abril de 1969, habló sin rodeos de la podredumbre del sistema judicial; en concreto, de la incapacidad de la policía para detener a los criminales y de su facilidad para fabricar culpables. Pero, como para nadie era una sorpresa escuchar tales caracterizaciones, aseguró que la rapacidad de los policías guardaba perfecta congruencia con el lugar en donde se les reclutaba: “¿Dónde se les recluta? ¿En las aulas universitarias, en los seminarios, en los gimnasios? No. Con mucha frecuencia en el medio de la hampa”.⁴ Gracias a las declaraciones de la escritora es fácil imaginar al sistema judicial como una cloaca, que pudiera sanearse sin la impaciencia, dejadez e indolencia de una ciudadanía ávida de justicia:

³ *Ibid.*

⁴ Rosario Castellanos, “¿Protección o amenaza?: el abrazo fuerte de la justicia”, en *Mujer II*, p. 267.

Si queremos justicia no la pongamos en manos de quienes carecen no sólo de escrúpulos para dejar caer la culpa sobre el inocente sino de aptitud para discernir la culpa de la inocencia. Si queremos justicia *condenemos, sin excepción, el uso de la fuerza por quienes tienen el poder*. Porque resulta que somos tan incoherentes que si se trata de los bueyes de mi compadre está bien que los encierren y los entierren porque son peligrosos. Pero si se trata de nuestros propios bueyes que no los toquen, porque son sagrados.⁵

Una vez más —y quizá teniendo muy presentes los tiempos electorales—, al final de su editorial, Castellanos insistió en que era el pueblo quien le otorgaba el poder a los gobernantes. ¿Por qué? Porque era él el que respaldaba con su asentimiento o disentimiento las acciones tomadas por el Estado. Pero nótese su particular forma de fusionar su crítica social y política con su capacidad e intención de asimilarse al pueblo: “condenemos, sin excepción, el uso de la fuerza por quienes tienen el poder”.⁶ No está por demás decir que, cuando se asimilaba a la ciudadanía, deseaba despertar en los demás un espíritu crítico que, mediante acciones razonadas, demandaría una justicia auténtica.

Además, con cada editorial buscó que el pueblo formara una parte activa del sistema de poder. Puede considerarse así porque Rosario Castellanos promovió la participación popular en ámbitos que incidían en la realidad política. Por ejemplo, el 14 de junio de 1969, a propósito del Día de la Libertad de Expresión, pidió que se tomara en cuenta al pueblo como un participante más del pacto que, en esas fechas, firmaban los medios y el Presidente. La escritora emitió esa propuesta basándose en los distintos papeles que los ciudadanos podían adoptar con respecto a una noticia: protagonistas, autores o lectores. Fuera en la condición que fuera tenían la necesidad de que un hecho se comunicara de forma objetiva y veraz. Además, sugirió que, con su participación activa,

⁵ *Ibid.*, p. 268.

⁶ *Ibid.*

se acabaría con la prepotencia de instituciones al servicio del Estado. Entonces, en el marco masivo de comunicación ideado por la escritora: “El ciudadano no comete un desacato cuando señala una lacra o propone la solución de un problema. Y el funcionario aludido no sufre mengua ni en su prestigio ni en su capacidad de mando cuando rectifica una medida o explica el motivo de una decisión. Y la prensa que pone en contacto a los interlocutores es, además de libre, útil”.⁷

Tomando en consideración la forma de proceder de Rosario Castellanos, después de 1969, sobresalieron su autonomía y crítica del poder en todas sus manifestaciones —incluso en esta última en donde los medios masivos de comunicación se asociaban con el Presidente—. En ese sentido, vale la pena reiterar la definición de intelectual moderno de Malva Flores, para evaluar si el perfil de Rosario Castellanos coincidió con el de *los* intelectuales de su campo literario:

[...] el intelectual ya no será aquel que con la pluma participa en la construcción de una identidad cultural; su figura se exalta como un poder alterno e independiente cuya fuerza radica en el valor de sus ideas y la repercusión que éstas puedan tener en el conjunto de la sociedad, representada por sus élites culturales y políticas. Se trata del intelectual estrictamente moderno que asume su tarea como crítico del poder en cualquiera de sus manifestaciones.⁸

Castellanos coincidió parcialmente con el perfil *del* intelectual moderno o élite intelectual autónoma, porque fue crítica del poder y aportó la idea de que no existía *una sola* identidad cultural. Aunque más adelante hablaré de esto, por el momento, importa decir que la idea de identidades multiculturales que

⁷ Rosario Castellanos, “Libertad de prensa: condición para el diálogo”, en *Mujer II*, p. 267.

⁸ Malva Flores, *El ocaso de los poetas intelectuales y la “generación del desencanto”*, México, Universidad Veracruzana, 2010, p. 14.

se desprende de su obra creativa niega la existencia de una sola identidad del mexicano. Y, en lo que respecta a sus editoriales, algunos desacralizan la imagen consagrada del mexicano pusilánime. Desafortunadamente, estas vertientes de su producción no han sido discutidas como pilares de su pensamiento, porque, al no ponerlo en diálogo con el de *los* intelectuales, se pierden sus observaciones más sustanciales de la cultura, la sociedad y la política mexicana. Por ello, es necesario reconsiderar la necesidad de no adscribirla a una corriente estrictamente literaria que ella creía de poca monta: el indigenismo. Además, es preciso tomar en cuenta que sus editoriales fueron pronunciados bajo el amparo de la ironía, la cual discute esencialmente con la solemnidad de *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz, quien estaba a punto de encabezar *el ala autónoma* —permítaseme llamarle así— de la élite cultural mexicana. Por ese lado, Rosario Castellanos no perteneció al grupo de los intelectuales hegemónicos. Por otro, tampoco al de los escritores dependientes del poder. A ellos, Patricia Cabrera López los llama *aristócratas culturales*, pues, además de distinguirse por su erudición, se caracterizaron por gozar de una serie de privilegios que les garantizaron viajes y presencia en los medios masivos de comunicación.

En 1969, Castellanos no formó parte activa y efectiva de la aristocracia cultural perteneciente al campo de poder. ¿Por qué no? Porque, como se ha visto, durante el sexenio de 1964 a 1970, criticó al presidente Gustavo Díaz Ordaz con suma contundencia. Al grado de que llegó a sostener que, cuando un escritor ponía su inteligencia al servicio de la burocracia, sus ideas siempre llegaban a resultar inútiles y quiméricas. Es más, proclamó la siguiente sentencia: “Ni el éxito, ni la riqueza, ni la influencia, ni la importancia. El ámbito propio y único del escritor en América Latina es el libro”.⁹

⁹ Rosario Castellanos, “Encuentro Latinoamericano de Escritores: un intercambio de experiencias”, en *Mujer II*, p. 313.

Para finales de la década de 1960, el prestigio de los libros de Castellanos, su labor como catedrática de la UNAM y como editorialista de *Excélsior* fueron los únicos méritos que se tomaron en cuenta para que se le reuniera con figuras hegemónicas de su campo intelectual. El 28 de agosto de 1969, se le invitó a asistir al “Encuentro Latinoamericano de Escritores”, celebrado en Chile. Sus compañeros de viaje fueron Juan Rulfo y Emmanuel Carballo. Acerca de Rulfo, Castellanos señaló que compartió con él su mismo espíritu reservado; en cambio, respecto a Carballo, no pudo hacer otra cosa sino desaprobar su recelo:

[...] sentía lesionada su integridad de revolucionario por la invitación del Congreso a tomar parte en una de sus sesiones públicas, por la visita del ministro de Relaciones Exteriores, por la presencia (en alguna de nuestras reuniones) del senador Volodia Teitelboim.

Esta intromisión le parecía abusiva y conculcatoria de nuestra libertad pese a que, por una parte, Volodia Teitelboim pertenece al Partido Comunista y, por la otra, no asistía a nuestras salas de trabajo en su calidad de hombre público sino en su calidad de miembro de la Sociedad de Escritores de Chile, de autor de libros y de lector de una ponencia que correspondía a nuestro temario.¹⁰

Castellanos reprobó el comportamiento de Carballo porque le pareció desproporcionado. Sin embargo, no hay que olvidar que *los* intelectuales solían dar muestras públicas de su posición política. Por lo tanto, la actitud del autor de *Protagonistas de la literatura mexicana* no era del todo inapropiada. En ese mismo grado, llama la atención que Castellanos haya considerado exhibicionista la sentida confesión de los escritores que, después de la partida del crítico tapatío, trajeron a colación las privaciones materiales, la persecución y el confinamiento carcelario del que fueron objeto por haber manifestado sus convicciones políticas

¹⁰ Rosario Castellanos, “Encuentro de Escritores: la vanguardia es el sitio”, en *Mujer II*, p. 338.

en sus respectivos países. A su modo de ver, sus confesiones insinuaban que, en el fondo, sentían la necesidad de justificar su oficio literario como si fuera una actividad política de menor envergadura que el activismo. Cuando, en realidad, era precisamente el uso de la palabra el que podía alcanzar tal efecto:

Si nos decidimos a seguir la vocación intelectual será a sabiendas de que nos granjearemos la antipatía de la plebe, la desconfianza de los poderosos, la irritación de los que medran en río revuelto. Mientras supongan que nuestra conducta es producto de un azar momentáneo se conformarán con repudiarnos como a inoportunos aguafiestas; pero cuando comprueben que nuestra actitud obedece a un propósito sistemático no tardarán en aparecer represalias más serias: la exclusión de la comunidad. Los medios para lograrla pueden ir de la simple expulsión de un círculo, de un partido, de una iglesia, hasta el destierro de un país o la muerte.¹¹

Insisto, a la luz de todos los riesgos que la poeta preveía en el cumplimiento de la misión del intelectual, se aprecia que, si desaprobó la necesidad de justificar el uso artístico de la palabra, es porque dicho uso no excluía la codificación de un mensaje de justicia y verdad: “Publicar un libro es un acontecimiento de resonancia mucho más limitada que la del periódico o la revista. Pero lo que se pierde en número de lectores se gana en su selección y, por otra parte, *el mensaje —siendo más exclusivo— es también más perdurable*”.¹² Ahora bien, tampoco debe olvidarse que, si bien Rosario Castellanos creía que el arte se alimentaba de la realidad y que el conocimiento de distintas disciplinas le permitía identificar y respetar las leyes del mundo que deseaba novelar, también creía que la ficción tenía un orden propio que no podía comprometerse ni a copiar la realidad, ni a difundir el

¹¹ Rosario Castellanos, “La misión del intelectual”, en *Ateneo de Chiapas*, núm. 7, 1957, p. 23.

¹² *Ibid.*, p. 22. Énfasis mío

credo político del escritor. Si así lo hiciera, cargaría a sus textos de doctrina política. Además, en la medida que un autor lograba elaborar una forma artística de alta calidad estética y un contenido de gran complejidad, podía ser crítico y autónomo.

Relacionados con la creación literaria, había otros medios adecuados para manifestarse políticamente, por ejemplo, la declaración que se emitió en el mismo Encuentro con el propósito de determinar el margen de actuación social del escritor latinoamericano:

El escritor escribe por una necesidad de creación imposible de satisfacer de otra manera. No puede prescribirse ni el contenido de su obra ni un lenguaje determinado para expresarlo. Porque la obra literaria, se lo proponga o no el escritor, constituye siempre un testimonio crítico.

El escritor se define políticamente en la medida que tiene existencia social. También lo hace por medio de su silencio o su ambigüedad. Esta definición no supone necesariamente una literatura de partido, la cual no agota por cierto el significado político de la obra literaria.¹³

Con base en esta declaración, me parece que hay que entender el perfil de intelectual-escritora de Castellanos, más allá de los modos políticos del intelectual mexicano. La calidad que a estas fechas había alcanzado la literatura latinoamericana les exigía a los escritores comprometerse mucho más con la forma. Entonces, la poeta, al igual que otros escritores latinoamericanos, creyó que el arte se debía, en primera instancia, a sí mismo. Ahora bien, esto no quiere decir que se abstuvieran de participar en los asuntos políticos e históricos que aquejaban a sus respectivas patrias. En consecuencia, se unió a los escritores latinoamericanos ahí presentes para decir: “Denunciamos no sólo las formas más

¹³ Rosario Castellanos., “Encuentro de escritores”, en *Mujer II*, pp. 340-341.

crasas de analfabetismo, sino también aquellas que se producen por involución”.¹⁴ Y al lado de ellos prometió: “En un orden afín de valores nos esforzaremos por derribar las barreras que impiden a nuestros pueblos conocerse de un modo cabal. Referida al libro, esta determinación significa luchar contra todo lo que obstaculiza su difusión y distribución, así como su libre circulación dentro y fuera de las fronteras de cada uno de nuestros países”.¹⁵

Su compromiso no se quedó en el papel: a su regreso a México, no se tardó en cumplir su promesa de luchar en contra de las prácticas que contribuían a enajenar la inteligencia de las masas y a desvirtuar la función educativa del libro. Es fundamental observar cómo pensó e intervino en ese aspecto, porque *sus diferencias con los intelectuales hegemónicos son las que más se relacionan con su falta de reconocimiento como intelectual dentro de su campo cultural*.

El 8 de noviembre, en su editorial “Los intocables: la burocracia nunca se equivoca”, señaló una serie de inconsistencias de funcionarios públicos amparados bajo la autoridad del escritor Martín Luis Guzmán. Primero, recalcó la desfachatez del autor de *La sombra del caudillo* de llamar a Edmundo O’Gorman y a Cosío Villegas “turistas de la historia”, sólo por haber hecho una “comedida sugerencia” a los contenidos de los libros de texto gratuito. Segundo, hizo énfasis en la prepotencia e hipocresía de un funcionario más interesado en defender la mediocridad de una institución que en procurar el patrimonio de la inteligencia:

[...] defiende a “los modestos autores que han tenido suficiente entusiasmo y valor para acometer la difícil empresa que tomaron entre manos”. [...]

La exaltación de la modestia de los autores revela, en el fondo, un profundo desprecio a los destinatarios del libro de texto. ¿Merecen algo más que la obra de un autor modesto? ¿No son, ellos

¹⁴ *Ibid.*, p. 341.

¹⁵ *Ibid.*

mismos, modestos también? ¿No se mantendrán, por los siglos de los siglos, dentro de esa condición? ¿Entonces a qué viene tanta alharaca? Ya es bien sabido que a caballo regalado...

Y no, si nos ponemos a considerarlo de un modo estricto, no es así. En primer lugar el caballo no es regalado: lo pagamos todos con nuestros impuestos ahora; lo pagarán más tarde, con un trabajo que rinda, los niños que hoy se educan en él.¹⁶

Sobre la base anterior, puede proponerse que, si en el transcurso de la década de 1960 la escritora elaboró una fuerte demanda en contra del autoritarismo, el chovinismo y la demagogia, en el umbral de 1970, se ocupó de indicar en dónde radicaban los poderes potenciales de los desprotegidos. O, dicho en el modo metafórico de la escritora, en dónde radicaban las posibilidades de los oprimidos para lograr que *amaneciera*. En esa medida, Castellanos fungió como una pensadora social; sin embargo, no se presentó como tal con el mismo aire de superioridad que caracterizó a la posición patriarcal del intelectual hegemónico. Dentro de su comprensión, lo importante era pensar, asimilar y transmitir cada problema desde su condición de ciudadana, escritora y mujer. A propósito de ello, recuérdese que, cuando recibió el Premio Trouyet, rechazó el protagonismo de *los* intelectuales y emitió su propia definición de intelectual:

Un intelectual debe servir a [la] sociedad dando un testimonio, lo más objetiva y veraz que las capacidades de cada uno se lo permitan, de una época y de sus circunstancias. Debe esforzarse porque se integre la conciencia propia, única vía de acceso a la conciencia de la colectividad. Debe enriquecer las posibilidades expresivas del lenguaje, para que el pueblo —de quien ese lenguaje es patrimonio— encuentre el vehículo adecuado para articular las metas históricas que persigue, los obstáculos con los que tropieza, los

¹⁶ Rosario Castellanos, "Los intocables: la burocracia nunca se equivoca", en *Mujer II*, p. 373.

triumfos de los que se enorgullece. Para que distinga y rechace la injusticia, para que ponga freno a la violencia, a la irracionalidad y al orgullo. Para que prefiera la belleza. Para que enuncie la verdad.¹⁷

Es fundamental tener presente esta concepción, porque muestra que la palabra es un arma capaz de influir en los ciudadanos para que actúen razonadamente frente a su realidad. Castellanos estaba convencida de que, si un intelectual se envanecía de sus conocimientos y se distanciaba desdeñosamente de su tiempo y de su espacio, esto tenía consecuencias negativas para su trabajo, porque: “En esta situación, dijo, la obra intelectual no tiene resonancia en cuanto al público, y en cuanto al intelectual, carece de profundidad y contenido”.¹⁸ Entonces, puede deducirse que, tal como rechazó el autoritarismo gubernamental, rechazó una especie de autoritarismo cultural. Al fin y al cabo, ambos contribuían a que se preservara el atraso social, histórico y económico.

Una prueba de que para ella el progreso social se relacionaba con la educación y la política se halla en su editorial del 13 de diciembre de 1969, titulado “La piedra en el zapato: el intelectual y la sociedad”. En éste, denunció la resistencia del vicepresidente de Estados Unidos, Spiro Agnew, a que los negros fueran instruidos en materias históricas y culturales de su raza, porque: “el ocio y el conocimiento conducen a la inconformidad”.¹⁹ Como puede apreciarse, la resistencia del funcionario estadounidense revela su preocupación de que se rompiera con un dogma. No quería que los negros se dieran cuenta de que no eran inferiores a los blancos, de que habían sido esclavizados injustamente durante siglos y de que no existían razones legales para seguir consintiendo un estado de vasallaje.

¹⁷ Rosario Castellanos, “Recibió el ‘Trouyet’ Rosario Castellanos”, entrevista hecha por s/a, en *Excelsior*, 21 de septiembre de 1967, p. 11-A.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ Rosario Castellanos, “La piedra en el zapato: el intelectual y la sociedad”, en *Mujer II*, p. 386.

Obsérvese, además, cómo, en el ejemplo de Agnew, los campos de poder y cultural están relacionados, trabajan para un mismo fin: mantener en la opresión a los siempre vulnerados socialmente. Por lo tanto, es fundamental observar la misma relación en otros editoriales en donde la escritora expone que desde el campo de poder se ejercía: autoritarismo, demagogia y marginación, y, desde el campo cultural, autoritarismo o ninguneo. Mediante este examen, se podrán seguir identificando el orden en el que las diferencias entre Rosario Castellanos y los intelectuales hegemónicos impidieron su reconocimiento.

AUTORITARISMO, DEMAGOGIA, MARGINACIÓN, DENIGRACIÓN Y NINGUNEO:

ATENTADOS DEL CAMPO DE PODER Y DEL CAMPO CULTURAL

Durante la década de 1960 y el primer año de 1970, Castellanos publicó invaluable reflexiones acerca de los derechos conquistados por las mujeres. Inicialmente, el 15 de marzo de 1969, en el editorial “Cosas de mujeres: actividad y participación”, la escritora habló del difícil camino que sus compañeras tuvieron que sortear para alcanzar su emancipación. Recordó que, en México, ésta se logró debido a los méritos de las mujeres, y no a las manifestaciones de protestantes enardecidas. Respecto a por qué las mexicanas no se dieron el gusto de estallar enérgicamente, ofreció un amplio panorama histórico mediante el que pueden observarse las barreras que tanto el campo de poder como el cultural impusieron para conjurar el lucimiento de mujeres destacadas. Comenzó con el caso de Sor Juana Inés de la Cruz, de quien dio a entender que no fue el ingenio de la autora de la *Carta a Sor Filotea de la Cruz* el que triunfó ante la élite de su tiempo, sino la producción reverente de una poetisa al servicio de la corte la que sobrevivió a la censura de su época:

Sor Juana fue la primera en dar el ejemplo de cómo plegándose a las circunstancias será posible después operar sobre ellas y que quien gasta su pólvora en infiernos del desafío a las costumbres,

del desplante rebelde y de la lucha frontal contra una tradición ve disminuidas sus energías, que han de conservarse íntegras para el cumplimiento de la obra que es la que hace válido el desafío, confiere un sentido al desplante y a la lucha.²⁰

La genial monja jerónima no fue la única víctima de autoritarismo y marginación. Más adelante, cuando ateneístas, como Antonio Caso, facilitaron el acceso de las mujeres a la educación, las primeras profesionistas se enfrentaron a la rigidez de la sociedad mexicana: “¿quién iba a confiar un litigio a una mujer aunque ostentara el título de abogado”.²¹ La escritora respondió diciendo que, quizá, las primeras profesionistas supieron conciliar sus actividades profesionales con sus deberes domésticos, y que, tal vez, en un momento de urgencia, alguien recurrió a su saber.

Nótese cómo Castellanos, desde su posición de editorialista, fue oponiendo el esfuerzo de las mujeres contra la resistencia de la sociedad mexicana y de los campos cultural y político. Establecer ese panorama le sirvió para probar que sólo gracias a sus méritos las mujeres lograron obtener *un poco de aceptación*, lo cual no es lo mismo que decir que fueron respetadas y apreciadas ampliamente. Por ello, Castellanos mencionó dos hechos contrastantes que se estaban dando en los medios masivos de comunicación. Uno representaba un reconocimiento parcial: *Kena*²² —revista dedicada a las mujeres— inauguró, a partir de la década de 1960, el

²⁰ Rosario Castellanos. “Cosas de mujeres: actividad y participación”, en *Mujer II*, p. 250.

²¹ *Ibid.*, p. 251.

²² La revista *Kena* era toda una novedad en México; no se dedicaba nada más a publicar recetas de cocina. Fue la primera revista mexicana para mujeres que se proponía fomentar la educación de las mismas. Además de las secciones de moda y hogar, tenía un apartado dedicado a la difusión de la literatura. También, difundía noticias de mujeres que habían destacado en México o en el mundo en algún ámbito del conocimiento. En ella participaron asiduamente Guadalupe Dueñas, Margarita Michelena, Beatriz Espejo y Emma Godoy. Vale la pena decir que Castellanos no era la única mujer importante que había aceptado que su nombre apareciera en las páginas de la revista; también,

Premio de “La mujer del año”, con el que reconocía la incursión y el impacto de las profesionistas en distintas áreas del conocimiento.²³ En contraposición, el otro hecho manifestaba la tendencia a seguir *denigrando* a las más destacadas: en los periódicos de circulación nacional, se seguía poniendo en duda su ética política y se insinuaba que eran lacayas del poder. Así ocurrió con Luz María Díaz-Caneja, de quien la editorialista dijo:

Ha sido necesario que Luz María Díaz-Caneja haga una declaración pública de sus propósitos, de sus fuentes de ingresos, de sus antecedentes profesionales, de los nombres y capitales de sus socios, de los mecanismos de su organización, de los colaboradores a los que ha recurrido. Ha sido necesaria una declaración pública que apareció en las páginas centrales de una revista y en las de los diarios capitalinos de más amplio tiraje. Ha sido necesario, sí, ¿pero, será suficiente?²⁴

La pregunta quedó en el aire para que la respondieran los sectores a los que la editorialista quería apelar: la ciudadanía, los medios de comunicación y las autoridades. La intención de provocar una reflexión y una respuesta no quedó ahí; Castellanos insistió en retomar el tema de la emancipación femenina, pues en la práctica se demostró que los derechos concedidos a la mujer no

Leonora Carrington, Sofía Bassi, Paulina Lavista, Alaide Foppa y muchas otras mujeres destacadas colaboraron alguna vez para *Kena*.

²³ Este premio empezó a otorgarse en 1960 a las mujeres que contaban con méritos intelectuales y culturales que habían impactado positivamente la vida del país. Sólo para tener una idea de la calidad de las mujeres que —al igual que Rosario Castellanos— recibieron el premio, es preciso mencionar los nombres de Estela Barrera, directora de la Facultad de Odontología; María Lavalle Urbina, senadora; Ifigenia M. de Navarrete, directora de la Facultad de Economía de la UNAM, y Ana María Flores, directora de la Dirección General de Muestreo de la Secretaría de Educación Pública y asesora técnica de la FAO (Organización para la Alimentación y la Agricultura).

²⁴ Rosario Castellanos, “Cosas de mujeres: actividad y participación”, en *Mujer II*, pp. 252-253.

se hicieron efectivos en la vida cotidiana. Por esa razón, replicó los discursos gubernamentales atinentes a ello. El 9 de agosto de 1969, la ensayista citó un fragmento del discurso del presidente del PRI, Alfonso Martínez Domínguez, quien, durante la Tercera Reunión Nacional de mujeres priístas, sostuvo:

[...] para el PRI los grandes problemas de la mujer mexicana han sido y son problemas de trabajo, de educación, de respeto auténtico en la vida diaria, de seguridad, de participación en la política, y todo se resume en uno solo: hacer que la mujer disfrute de los mismos derechos que el hombre, con reconocerle en plenitud, no sólo en palabras sino también en los hechos, en las leyes y en la vida cotidiana, su completa personalidad humana, su importancia en la economía, en las relaciones sociales, en la política y en el desarrollo de la cultura.²⁵

A Castellanos la propuesta le pareció plausible, pero no convincente. Advirtió que la elocuencia del político no indicaba cómo acabar con la fuerza de una costumbre que requería sólo a la mujer como servidora del hogar. Debió sospechar que sus palabras respondían a las necesidades o quejas de sus militantes. Por lo tanto, las palabras de Martínez Domínguez eran demagógicas. En ese sentido, no se pierda de vista que el título de este editorial indica la existencia de una trampa: “El queso y la ratonera: la emancipación femenina”. Tampoco se pierda de vista que el PRI quedó bien ante la población femenina cuando aceptó otorgarle el voto.²⁶

²⁵ Alfonso Martínez Domínguez en Rosario Castellanos. “El queso y la ratonera: la emancipación femenina”, en *Mujer II*, p. 325.

²⁶ En opinión de Enriqueta Tuñón, las mujeres quedaron eternamente agradecidas con el PRI y con Adolfo Ruiz Cortines después de que les fue otorgado el voto. No contaron con que este presidente las veía como un medio eficaz para elevar su popularidad y aceptación. En realidad, no las creía actores políticos trascendentales, las creía actores sociales necesarias para cuidar de la familia. *La lucha por la ciudadanía de las mujeres en México*, conferencia,

En otro orden de ideas, vale la pena seguir pensando por qué, aun cuando a Castellanos le pareció demagógico el discurso del priísta, lo calificó como *plausible*. Lo hizo así porque Martínez Domínguez tuvo la capacidad de admitir que, con todo y la emancipación femenina, el hogar seguía siendo un espacio no alcanzado por la ley. Por esa misma razón, la escritora decidió tratarlo como un asunto de interés nacional y lo discutió en las páginas de *Excelsior*.

El 5 de abril de 1969, amplió ese asunto en el editorial “De los quehaceres domésticos: la atrofia de la inteligencia”. Básicamente, se quejó de un estado de servidumbre que afectaba el juicio crítico de las mujeres en todos los planos. Quizás el mensaje no fue tomado con la seriedad esperada por ella, pues, aunque las observaciones de Castellanos eran agudas, las pronunció con un tono desembarazado —un tono no acostumbrado por la élite cultural para expresar un tema serio—. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que ese tono es parte de un artificio y que, sólo en apariencia, la escritora antepuso su posición de esposa y ama de casa a su papel de intelectual:

[...] recuerdo que en los ya lejanos tiempos de mi soltería deseaba casarme —como cualquier mujer, lo acepte o no, lo confiese o lo niegue—, entre otras razones que son las tradicionalmente consideradas como válidas, por algo que me parecía muy importante: averiguar cuáles eran los asuntos de los que trataban las matronas en sus conciliábulos secretos cuyo acceso estaba prohibido para las no iniciadas. Y la única iniciación posible era, ay, el sacramento del matrimonio.

Contraí, pues, como dicen los cronistas de sociales, nupcias e inmediatamente me las ingenié para asistir a una reunión de señoras [...]

*El núcleo de intereses de estas mujeres en la plenitud de sus funciones biológicas y en el perfecto equilibrio de su situación social era, naturalmente, la familia compuesta —en términos generales— por el marido, los hijos y la servidumbre.*²⁷

En el fragmento anterior, se nota que la escritora comenzó expresándose de un modo personal, pero después adoptó una postura crítica y se separó de su objeto de estudio: habló en tercera persona de mujeres que se definían nada más a partir de su realización biológica y social; mujeres semejantes a las conceptualizadas por filósofos como Schopenhauer, quienes no rompían con la regla de que el hogar era el hábitat de la mujer; mujeres de las que Castellanos se distanció. ¿Por qué se separó de ellas? ¿Acaso esa era su manera personal de despreciarlas? No las despreció, más bien, por razones de preparación y oficio, mediante la distancia, quiso dar a entender que había algo más para las mujeres fuera del ámbito doméstico. Luego, volvió a integrarse a ellas desde su voz de ama de casa. Dijo que, con las múltiples tareas del hogar: “Llega un momento en que se hace una especie de vacío en la cabeza y se empiezan a ejecutar movimientos automáticos y sin sentido”.²⁸ Véase que, con esta declaración —en apariencias, inopinada—, Castellanos hizo una sugerencia que contravenía las afirmaciones de los sabios: negó que el espacio propio de la mujer era el hogar.

Esta forma de pensar sobre la condición femenina debió ser exclusiva de ella y completamente ajena a la de los intelectuales. La mayoría de ellos, al asimilar su cultura patriarcal, no imaginaba los deberes domésticos como actividades perjudiciales para la inteligencia femenina. Tal vez, los más ortodoxos siguieron creyendo que las mujeres no estaban dotadas de inteligencia.

²⁷ Rosario Castellanos, “De los quehaceres domésticos: la atrofia de la inteligencia”, en *Mujer II*, p. 258.

²⁸ *Ibid.*, p. 260.

¿Cuál es la consecuencia de que los intelectuales hegemónicos las hayan ninguneado? Que, al omitir los problemas femeninos de sus reflexiones, la élite cultural contribuyó a que no se tomaran en cuenta las demandas de las mujeres. Y, en la medida en que los intelectuales mexicanos no le sugirieron al campo de poder que había necesidades sociales urgentes y serias por parte de la mitad de la población, el campo de poder tampoco tuvo la capacidad de entender la importancia del problema.

UNA FORMA FEMENINA DE SER INTELECTUAL

Es necesario volver a detenerse a considerar la visión de mundo y la condición de género de Rosario Castellanos en la definición de su perfil intelectual, pues estos atributos repercutieron en la forma y el contenido de sus editoriales, los cuales se distinguen política y estéticamente de los de los intelectuales connotados. Castellanos siempre se empeñó en recordar a la población olvidada por el discurso histórico y político nacional oficial. Cuando digo siempre, no lo hago hiperbólicamente para ponderar el compromiso de la escritora con los desprotegidos; lo hago para remitirme a la edificación constante de un pensamiento sólido. En ese mismo orden de ideas, es importante decir que, entre la escritura de *Sobre cultura femenina* y de *Mujer que sabe latín...*, Castellanos desarrolló un proyecto centrado en las mujeres y la cultura. Tocante a esto, Eduardo Mejía —el responsable de reunir y recopilar los ensayos de *Declaración de fe. Reflexiones sobre la situación de la mujer*— declaró:

No abandonó el tema aunque *Sobre cultura femenina* no volvió aparecer en ninguno de sus libros posteriores [...] Acometió de nuevo el asunto en un ensayo sin título definitivo (que es el actual volumen, al que hemos titulado casi como uno de sus poemas definitivos, “Apuntes para una declaración de fe”) en el que no sólo insistía en su tesis que, según sus palabras, revisa “Los móviles

espurios por los cuales una mujer se dedica a actividades tan contrarias a su fisiología”.²⁹

Seguramente, la escritora no quedó satisfecha con la imagen que tuvo que proyectar acerca de las mujeres. ¿Por qué no? Porque las fuentes que consideró fueron las que tuvo más a la mano: las de filósofos que, de un modo determinista y basados sólo en datos “fisiológicos”, proclamaron la deficiencia mental de las mujeres. En ese entonces, el único recurso retórico que la joven poeta usó para denotar su divergencia con ellos fue el de la ironía. Más adelante, la lectura de *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir, la alentó a retomar la discusión. Prueba de ello es que, cuando el Centro Mexicano de Escritores le concedió a Castellanos una beca de creación literaria, se comprometió a desarrollar la investigación titulada “La mujer y la cultura en México”.³⁰ Las tareas que prometió llevar a cabo son semejantes a las efectuadas por la francesa: *a)* resumir las definiciones clásicas y tradicionales de lo femenino identificadas con la naturaleza y la pasividad; *b)* pensar cada una de esas definiciones a la luz de la economía, la política y la sociedad; *c)* discutir estereotipos, como los propuestos por Schopenhauer, que determinaban que las mujeres eran útiles para el hogar y estaban impedidas para desarrollar tareas de la inteligencia; *d)* enfocar el problema como un asunto histórico, y *e)* centrarse en la historia de las mujeres mexicanas para hablar de sus oportunidades culturales y de sus áreas de aprovechamiento.³¹ Si pensamos que el contenido de los últimos incisos prometidos es similar al de los capítulos que integran *Declaración*

²⁹ Rosario Castellanos, *Declaración de fe. Reflexiones sobre la situación de la mujer en México*, México, Alfaguara, 2012, p. 10.

³⁰ Véase CME, Exp. 45.

³¹ Véase *ibid.* Cabe aclarar que resumí y cambié el orden de los incisos que originalmente aparecen en el expediente, con el objetivo de no abusar del recurso de las citas extensas. La lógica que seguí para resumirlas fue apuntar sólo la actividad que se propuso realizar y quitar la explicación del porqué, y de la enumeración eliminé el primer inciso, pues me pareció un dato perteneciente a

de fe y que el último ensayo de los recopilados en este volumen data de 1959, podemos darnos idea de cómo fue madurando el problema de la mujer y la cultura en México en el pensamiento de Rosario Castellanos. La relevancia de pensar en ese proceso es, en primera instancia, registrar un indicio de que Castellanos jamás tomó como moda el asunto, y, en segunda, proponer que, durante toda la década de 1950, se mantuvo pensando en momentos, circunstancias y personajes femeninos que le fueron aclarando la historia de las mujeres en México.

Entonces, para la década de 1970, Rosario Castellanos poseía un panorama muy claro de las adversidades que las mujeres cultas tuvieron que sortear para acceder a la cultura e intervenir frecuentemente en su producción, tanto en el mundo como en México. En relación con esto, el 3 de mayo, decidió escribir acerca de “Una sibila española: doña María de Zayas y Sotomayor”. En ese texto, que puede ser leído desde un punto de vista literario o desde una perspectiva social, cultural y legal, Castellanos se admiró del problema de la condición intelectual de la escritora madrileña, quien, por los escasos datos que dejó acerca de su vida personal, pareciera que quería ser reconocida únicamente como mujer de letras:

Cómo si habiendo hecho profesión de vida intelectual se hubiese despojado, tan completamente, de la conciencia de su cuerpo, del cultivo de sus sentimientos, de los cuidados que se deben al carácter que todas estas partes de su persona acabaron por convertirse en atributos invisibles para los demás que sólo alcanzaban a contemplar su cabeza paralizante de Medusa.³²

una generalidad. Por eso, los incisos conservan la misma cohesión y coherencia que tienen en el proyecto presentado por Castellanos.

³² Rosario Castellanos, “Una sibila española: doña María de Zayas y Sotomayor”, en *Mujer II*, p. 467.

Me parece importante el hecho de que Castellanos haya connotado la incorporación de María de Zayas a las letras como una especie de sacerdocio. Curiosamente, profesarlo no implicó un ascetismo en el que la española se desprendiera de sus atributos seductores para presentarse ante Dios y ante los hombres colmada de inocencia; se trata de un ascetismo “maligno” que conlleva una metamorfosis defensiva, en donde Zayas esgrimió la calidad de sus ideas, con el objetivo de ingresar y mantenerse en el respetable mundo literario de los hombres. En ese aspecto, llama la atención que, aunque Castellanos solía aprovechar cualquier oportunidad para resaltar su condición femenina, comparó con la española algunas de sus petrificantes propuestas y las introdujo con un planteamiento revelador:

El hombre es el enemigo ¿natural? —sería cosa de averiguarlo— pero enemigo social, indudablemente. Y hasta ahora ha sido el vencedor de todas las batallas y, a través del instrumento de

los vanos legisladores del mundo, ata nuestras manos para las venganzas, imposibilitando nuestras fuerzas con nuestras falsas opiniones, pues nos niegan letras y armas. ¿Nuestra alma no es la misma que la de los hombres? Pues si ella es la que da valor al cuerpo ¿quién obliga a los nuestros a tanta cobardía? Yo aseguro que si entendierais que también en nosotros había valor y fortaleza no os burlaríais como os burláis; y así por tenernos sujetas desde que nacimos, vais enflaqueciendo nuestras fuerzas con temores de la honra y el entendimiento con el recato de la vergüenza, dándonos por espadas, ruecas y por libros, almohadillas.³³

Si Castellanos recuperó la denuncia de que el confinamiento de la mujer en el hogar favorecía su condición de sierva, fue porque las imposiciones sociales hacia las mujeres no cambiaron

³³ *Ibid.*, p. 468.

sustancialmente del siglo xvii al xx. Tan es así, que las posibilidades de desarrollo para la mayoría de las mexicanas no se extendían más allá del hogar, la crianza de los hijos y el cuidado de la honra. Tomando en consideración que los hombres eran los autores de esas restricciones, Castellanos los llamó enemigos sociales.

Es importante mencionar que ésa no fue la única vez que los describió así. El 17 de junio de 1970, en el editorial “Lecturas para mujeres: queredlas cual las hacéis”, volvió a dibujarlos como adversarios. Para ello, adoptó los versos de la monja jerónima, pero cambió sustancialmente el mensaje. ¿Cómo? Sustituyendo el plano amatorio por el cultural. De esa manera, al eliminar de la frase el plano amatorio, desechó la idea de que el hombre es el dueño del porvenir de la mujer. Y, al agregar el plano cultural, afirmó que el hombre decretaba la inferioridad intelectual de la mujer, por lo que solía destinarles lecturas “de una limitación y de una monotonía atroces”.³⁴

Ahora bien, cuando Castellanos hizo a un lado el plano amatorio, no quiso decir que, para ella, el cuerpo de la mujer careciera de importancia y significado en relación con el del hombre. Al contrario, la definición de mujer basada en su anatomía la ocupó con frecuencia. Primero, porque el cuerpo femenino estaba involucrado directamente con la conceptualización del término *mujer*. Segundo, porque el hombre era el único autorizado socialmente para conocerlo teórica y prácticamente. De ahí que a Castellanos le pareciera grave que a sus compañeras de sexo no se les dieran los medios para tener conciencia de cómo las habían concebido la historia y la sociedad patriarcales.

Con el fin de resarcir esa grave laguna cultural y social, el 8 de agosto de 1970, Rosario Castellanos escribió el editorial “Mujer que juega fútbol...: o la belleza como parálisis”. Recuperó el molde del viejo refrán machista “Mujer que sabe latín... no tiene marido ni buen fin”, pero le dio un sentido bifronte. La primera

³⁴ Rosario Castellanos, “Lecturas para mujeres: queredlas cual las hacéis...”, en *Mujer II*, p. 599.

frase del enunciado le sirvió para reproducir los juicios de una sociedad machista que se hizo escuchar mediante el reportero Luis Gutiérrez y González, quien afirmó que la liga futbolista femenil constituyó un fenómeno “antiestético y antifemenino”.³⁵ En ese caso, la segunda frase le sirvió para valorar ese modo de pensar: “Lo interesante del punto de vista de Gutiérrez y González es que sigue una ortodoxia muy estricta y se ciñe a la más milenaria de las tradiciones, según la cual el cuerpo femenino, para encarnar el más modesto de los ideales estéticos, tiene que ser un cuerpo inmóvil, paralítico, inerte”.³⁶

En respuesta a esa obsoleta forma de categorizar lo estético y lo femenino, Castellanos recordó un par de imposiciones de la moda en donde lo bello revelaba que la mujer era objeto de opresión, no de adoración. Se acordó de las características de los incapacitantes zapatitos que usaban las mujeres en China, y de la obesidad como un signo de primor femenino en algunos pueblos árabes, holandeses y latinoamericanos. Esos ejemplos le bastaron para dar a entender que lo promovido como hermoso y como femenino aspiraba a preservar métodos efectivos de sometimiento:

¿Por qué esta figura sedente o yacente fascina al hombre y por qué la otra, dinámica, activa, lo escandaliza y lo espanta? Porque en la primera ve un trozo de mineral, o cuando mucho de vegetal, que está allí. Que no va a escapar si el hombre quiere convertirla en su presa y que no va a tomar la iniciativa de una conquista que al hombre puede no interesarle o puede no acertar a evadir.

Pero, sobre todo, porque una mujer que ignora cuáles son los mecanismos de su fisiología tanto como las configuraciones de su anatomía está incapacitada para usar su cuerpo, que sería —literalmente— el primer paso a la independencia, al dominio de sí misma. Adueñarse del instrumento inmediato gracias al cual entramos en contacto

³⁵ Rosario Castellanos, “Mujer que juega fútbol...: o la belleza como parálisis”, en *Mujer II*, p. 541.

³⁶ *Ibid.*, p. 541.

con lo que nos circunda y lo conocemos y lo utilizamos, adueñarse de su propio cuerpo mediante ejercicios adecuados, alcanzar la destreza, la agilidad son esencialmente para el desarrollo de la personalidad de cualquiera de los niveles que quiera considerársele: el intelectual, el volitivo, o aun el de la mera plenitud física.³⁷

En el fragmento anterior, se aprecia que a Castellanos no le preocupó exclusivamente la crítica machista hacia las futbolistas. En el fondo, quiso aprovechar ese ejemplo para discutir las definiciones existentes en torno a lo bello y a lo femenino. Pero, sobre todo, quiso rechazar una forma de opresión y sugerir que el cuerpo de una mujer tenía todas las capacidades para desarrollar su inteligencia y ejercer su libertad.

En suma, la continua reflexión de Castellanos sobre las mujeres en México y el mundo, sus observaciones acerca de María de Zayas y la resignificación de los versos de Sor Juana y de los adagios populares muestran un pensamiento que reconstruyó y releó el pasado, explicó el presente y exigió un mejor futuro para las mujeres. En ese sentido, la escritora mexicana puede adscribirse a un linaje de mujeres intelectuales.³⁸ En cambio, si tomamos en cuenta que el intelectual mexicano sólo era reconocido

³⁷ *Ibid.*, p. 543. Énfasis mío.

³⁸ En las últimas tres décadas se ha notado en las investigaciones acerca del ensayo femenino y acerca de la participación de las mujeres en la historia de México una tendencia a denominar intelectuales a las mujeres. Esta tendencia apenas se empieza a justificar conceptualmente, pues ya no es posible seguir manteniendo en el olvido la incursión de la mujer en la literatura, la política, la diplomacia y el periodismo en México y en toda América Latina. Si se quiere mayor información al respecto, véase Morales Faedo, *Latinoamérica pensada por mujeres. Trece escritoras irrumpen en el canon del siglo xx*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, Biblioteca Nueva, 2015; Julia Cuervo Hewitt. "Las huellas de Sor Juana Inés de la Cruz en la obra de Rosario Castellanos", en *Romance Notes*, vol. 53, núm. 2, 2013, pp. 135-143, y Kelly Drumright, *Ser intelectual: Sor Juana Inés de la Cruz, Rosario Castellanos y Rosario Ferré ante el feminismo latinoamericano*, tesis, Boulder, Universidad de Colorado.

como tal si tenía presencia pública y era consagrado por las élites culturales y de poder, es preciso volver a examinar el reconocimiento que tuvo Rosario Castellanos, pero, ahora, después del movimiento estudiantil de 1968.

UNA ESCRITORA “CON GUARDARROPA MUY SURTIDO DE PANTALONES”

Desde 1969, año en que la revista *Kena* le otorgó a Rosario Castellanos el Premio de “La mujer del año”, se extendió su fama ante el público femenino de la clase media. En consecuencia, el Centro Nacional de Productividad la invitó a exponer en el ciclo de conferencias referentes a la participación de la mujer mexicana en el desarrollo de su país. ¿Qué representó esta invitación en términos políticos? ¿Que la élite gubernamental, a través de una de sus instituciones, impulsó sus ideas vanguardistas en materia de género femenino? A decir de la escritora, ella no podía ser admirada por una causa que sinceramente no le preocupaba a nadie:

[...] aunque yo siempre esté puestísima para describir cuadros de costumbres y para defender la causa del feminismo, única por la cual estoy dispuesta a arrostrar el ridículo. (Quizá porque es la única en México que se paga con la especie del ridículo porque *nadie* la toma en serio entre sus opositores. Todas las otras causas en México se toman con un espíritu de seriedad mortal).³⁹

Cuando dijo *nadie*, en definitiva, debió pensar en el campo de poder que sólo les hacía caso a los colectivos de mujeres cuando así convenía a sus intereses proselitistas; pero, también en los intelectuales que —como ha quedado dicho— jamás se pronunciaron para discutir acerca de los problemas que aquejaban a las mujeres.

³⁹ Rosario Castellanos. “El derecho a la información: ¿quién manipula nuestra conciencia?”, en *Mujer II*, p. 549.

En términos políticos, invitar a Castellanos implicaba darle voz a una pensadora auténtica que traía a colación una serie de demandas sentidas y legítimas. Con su participación —aunque nada fuera más ajeno a sus propósitos—, contribuía a darle consistencia a la apariencia revolucionaria y democrática que el gobierno quería proyectar de sí mismo. Finalmente, el gobierno —lo quisiera o no— tenía que quedar bien ante una población femenina que ya contaba con el poder de elegir a sus dirigentes políticos.

Castellanos tenía conciencia de esa actitud tramposa y de sus mecanismos; por ello, aprovechó su espacio editorial para quejarse de que se quisiera manipular la conciencia de las y los mexicanos. No por casualidad, empezó su texto recordando una versión de la Revolución mexicana expuesta por una de las participantes del ciclo de conferencias: “Marta Andrade del Rosal hablaba de las actividades cívicas de las agrupaciones femeniles, de la conquista y del ejercicio del voto de la mujer ‘como uno de los modos con que la Revolución pagó la deuda que tenía con ella’”.⁴⁰ Castellanos no se detuvo a explicar lo que había de cuestionable en esta declaración; enseguida, mencionó que las palabras de Andrade del Rosal fueron precedidas por una discusión tocante al control de natalidad y al de los impedimentos para tratar un tema de interés nacional en los medios masivos de comunicación. Ante la censura, su crítica fue muy directa: “Por favor señores (me refiero a los que manejan los programas de radio y televisión), ¡qué clase de auditorio creen ustedes que es al que se dirigen? ¿Un conjunto de tarados que han formado un hogar y procreado una familia sin darse cuenta de lo que hacían como en estado de trance o de sonambulismo? Concédanles, al menos, el beneficio de la duda”.⁴¹ Véase cómo pasó Castellanos de un tema a otro: del ninguneo al feminismo, a un problema de carácter “familiar”. Pongo entre comillas la palabra “familiar” porque, en opinión de la escritora, el control de natalidad no era

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 549-550.

⁴¹ *Ibid.*, p. 551.

un asunto de carácter íntimo, sino un conjunto de conocimientos y medidas que repercutían en la estructura social nacional.

Una crítica tan enérgica como la de Rosario Castellanos no podía dejar de ser reconocida en el ámbito político, menos aun en una década en la que la mujer era una colectividad política decisiva como sujeto social y político emergente. Y, sobre todo, no podía pasar desapercibida porque cuando Rosario Castellanos decía: mujer, hogar o familia, decía patria. Es decir, cuando afirmó que al hombre y a la mujer se les trataba como un par de tarados, en realidad sostuvo que a todos los mexicanos se les trataba así. Sobre esta base, la editorialista fue cada vez más lejos. Me atrevería a anticipar que, cada ocasión que acusó la voluntad del gobierno de mantener al pueblo mexicano en la ignorancia, tuvo la intención de aseverar que ésa era una de las formas con la que un gobierno autoritario, demagógico y corrupto garantizaba su impunidad.

Existen indicios de que, por los contenidos de sus editoriales, Rosario Castellanos comenzó a convertirse en una intelectual incómoda. El 10 de enero de 1970, en su texto “Temas y temores: en torno a una página en blanco” manifestó, ante sus lectores, la incompatibilidad que existía entre sus objetivos periodísticos (tratar temas de interés general y desembocar en cambios y proposiciones) y los secretos que desde el Estado se imponían para que ni los periodistas ni nadie aclarara las conflagraciones universitarias de 1966 y 1968:

Y porque no puedo acabar de entender ni acierto a averiguar a quién beneficia el que los jóvenes cierren los libros y los usen como proyectiles contra una sociedad a la que califican de corrompida y de injusta; y porque todavía no veo con claridad quiénes movieron los hilos para que se rompiera, de una manera tan brutal, el orden académico de 1966 y cayera el doctor Ignacio Chávez que estaba investido legalmente de la autoridad de rector, y porque no sé quiénes atizaron el fuego en las conflagraciones de 1968 para que alcanzara las proporciones casi catastróficas que alcanzó; y no sé

quiénes están moviendo el agua ahora para que en ella se anegue lo último que nos es más precioso: la autonomía. Por eso, porque estoy harta de dar palos de ciego, me callo. Porque no quiero hacerles el caldo gordo a los enemigos de la Universidad y de lo que ella representa.

¿Y si es callándome como engordó el caldo de...? Basta, que no me voy a quebrar de sutil. En boca cerrada... Y si la abro será para decir lo que usted ya sabe: que si los dinosaurios y que si el fariseo y que si otros poemas breves. *Pero conste que se lo advierto. Concédame usted, a cambio, el beneficio de la duda entre si obro por prudencia o por frivolidad.*⁴²

En el fragmento anterior, se aprecia la resistencia de la escritora a abstenerse de preguntar: ¿quiénes promovieron los desórdenes estudiantiles en la década de 1960?, y ¿a quién benefició que se pusiera en duda la capacidad de la Universidad de autogobernarse? Sus planteamientos demuestran que los problemas en los que centró sus reflexiones eran incómodos para el gobierno, pero, además, muestran algo más importante: su intención de no dejarse corromper por un sistema que imponía el silencio. Por ello, aunque señaló que se encontraba en un dilema: callar o pronunciarse, no tardó en resolver su conflicto. El 17 de enero de 1970 en el editorial “De la magia a la razón: la palabra como instrumento”, manifestó su determinación de seguir pronunciándose. Pero, antes de hacerlo, representó como *magia* al espíritu autoritario que impedía la generación de información veraz acerca de acontecimientos concretos:

Nos enteramos siempre de los hechos consumados: consumados frente a nosotros, sobre nosotros, con nosotros, sin nosotros. No se nos revelan jamás las causas de esos hechos ni su proceso de gestación. Esas causas, ese proceso no son un enigma pero su

⁴² Rosario Castellanos, “Temas y temores: en torno a una página en blanco”, en *Mujer II*, pp. 400-401.

conocimiento es un monopolio. *Los que lo detentan constituyen la élite del poder.* Y los demás constituimos lo que llamaba el doctor Angélico la masa de perdición.

El *tapadismo* opera en todos los niveles, no sólo en el de la elección presidencial, y en todos los momentos, no una vez cada seis años.⁴³

La idea de *magia* anotada en el título del editorial concuerda perfectamente con lo expresado en la cita anterior, pues se trata de un fenómeno misterioso. Pero, además, de un conocimiento fuera del alcance de los ciudadanos, y accesible sólo a la élite del poder. En ese marco circunstancial, la única resolución que podía tomar Castellanos ante su dilema estaba asociada con el periodo de transición presidencial y con la actuación activa de la ciudadanía: “Es preciso seguir haciendo uso de la palabra si alguna vez queremos que se rompa el círculo de la magia y que advenga la edad de la razón”.⁴⁴

¿A qué le llamó *edad de la razón*? En el último ensayo de *Declaración de fe*, titulado “La mujer en la época actual”, la ensayista manifestó que la cultura mexicana promovía una educación en la que la madre le prodigaba al hijo varón una serie de mimos y cariños exagerados para mostrarle una actitud sumisa; en cambio, a sus hijas les daba un trato tan sádico que las preparaba para asumir *siempre* una actitud de abnegación. A esta “virtud”, cultivada por la familia y mantenida con celo por el gobierno reaccionario, Castellanos la presentó como nociva para el porvenir nacional: “México no podrá ser nunca una nación grande mientras la constituyan niños que no se deciden jamás a dejar de serlo para convertirse en hombres y mujeres con complejo de alfombra”.⁴⁵ Entonces, identificó la minoría de edad en las actitudes

⁴³ Rosario Castellanos, “De la magia a la razón: la palabra como instrumento”, en *Mujer II*, pp. 402-403. Énfasis mío.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 405.

⁴⁵ Rosario Castellanos, *Declaración de fe...*, p. 119.

de inseguridad del mexicano. Así, dio a entender que —según su pensamiento— el mexicano no nacía esencialmente pusilánime, se hacía pusilánime debido a la educación que se le proporcionaba en el hogar. También insinuó que el sistema laberíntico en el que se imaginaba al mexicano tenía una salida, la cual requería que los ciudadanos dejaran de percibir y de tratar a la autoridad como a un ídolo. Sólo de esa manera, México lograría convertirse en una *nación grande*.

El 13 de junio de 1970, a propósito de la ceremonia del “Día de la libertad de expresión”, retomó el problema de la falta de firmeza de los mexicanos, pero se enfocó en el temor de los periodistas de hacer uso de la palabra. De ahí que comenzara diciendo que la libertad de expresión garantizada en la Constitución no se cumplía: “Porque esa libertad, como todas las otras es un hábito que se perfecciona con el ejercicio”.⁴⁶ Nótese cómo en esa afirmación encerró un desafío que no involucraba esperar a que el Estado se volviera flexible. De hecho, ni siquiera lo identificó como el principal causante de que los periodistas no se manifestaran: “Si lo único temible fueran las represalias del poder el problema no sería tan grave ni tan complejo”.⁴⁷ El ejemplo de que la libertad de expresión era un ejercicio —incluso en un Estado represor—, Castellanos lo reconoció en escritores que, como Mariano José de Larra y Bertolt Brecht, supieron hacer uso de las argucias para no despertar la saña de los censores. Pero la argucia, en opinión de Castellanos, no podía cultivarse sin convicción, valentía e inteligencia:

[...] no hay terreno neutral. Si se describen costumbres automáticamente se les exalta o se les ridiculiza. [...]

Libros, cuadros, películas. El aplauso o la rechiffa que les dediquemos nos harán merecedores del título de esnobs o de cursis. ¿Vamos a emprender el ataque contra los molinos de viento de un

⁴⁶ Rosario Castellanos, “Libertad y tabú: los límites de un derecho”, en *Mujer II*, p. 490.

⁴⁷ *Ibid.*

gusto deleznable pero admitido y practicado durante siglos para ver si acertamos a lograr que acepten objetos cuyo valor no nos haría poner la mano en el fuego? ¿Vamos a equivocarnos teniendo el mundo por testigo? ¿No sería más cómodo consumir nuestra ración de error en la intimidad? [...]

La mordaza nos la ponemos nosotros mismos. Nuestra recompensa es un riesgo no corrido. Y nuestro remordimiento será un juramento quebrantado.⁴⁸

El tono empleado por Rosario Castellanos para dirigirse a la prensa era el de una autoridad. Es importante enfatizar el valor que se dio a sí misma y el que intentó infundir en los demás, aun cuando no pertenecía ni a la aristocracia cultural ni a la intelectualidad hegemónica independiente. La valentía de Rosario Castellanos no pasó desapercibida. El 12 de abril de 1970, Abel Quezada Calderón —el respetado colaborador y caricaturista de *Excelsior*— sugirió que Rosario Castellanos era una candidata meritoria al puesto de rectora de la UNAM, debido a que tenía “un guardarropa mejor surtido en pantalones que muchos hombres”.⁴⁹

Castellanos respondió al elogio de Abel Quezada con un editorial en donde se caricaturizó a sí misma, lo tituló “Para Abel Quezada: autorretrato con maxifalda”. Ahí, redujo su importancia narrando algunas “proezas” personales: “a la temprana edad de veintidós años prendí mi primer cerillo con el aplauso general de la concurrencia”;⁵⁰ y sobredimensionó sus miedos recordando la ocasión que imaginó que se estaba ahogando: “Había llegado al límite de la asfixia cuando sentí que una mano humana me sacudía el hombro preguntándome qué me pasaba. Abrí los ojos y, oh, sorpresa. La ola me había arrastrado pero a tierra y yo había

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 492-493.

⁴⁹ Rosario Castellanos, “Para Abel Quezada: autorretrato con maxifalda”, en *Mujer II*, p. 454.

⁵⁰ *Ibid.*

vivido mi odisea retorciéndome en la arena y rodeada de un público estupefacto”.⁵¹

Llama mucho la atención que Castellanos, una escritora capaz de comportarse como una autoridad, al saber de un elogio público dedicado a ella no respondiera con la actitud propia del intelectual hegemónico: con el aire de solemnidad, grandeza y naturalidad propia de los triunfadores. ¿Por qué se mofó públicamente de su valentía? ¿Acaso se menospreció?

¿DEFINICIÓN O AUTONINGUNEO?: ¿POR QUÉ AUTORRETRATO CON MAXIFALDA?

Roderic Camp afirma que los intelectuales han escrito sobre sí mismos más que cualquier otro grupo de la cultura occidental.⁵² Con el objetivo de entenderlos, el investigador estadounidense observó la *percepción que tenían de sí mismos, de su papel en la sociedad y de su relación con el Estado*. Por lo tanto, en la valoración del perfil intelectual de Rosario Castellanos y de su reconocimiento, es indispensable analizar cómo se percibió.

Primero que nada, debe aclararse que, si bien la escritora acostumbraba reírse de sí misma, no permitía que la ofendieran públicamente, y mucho menos que dañaran su imagen pública. Prueba de ello es su editorial “La imaginación al poder: ¿amanuenses dóciles?”, del 9 de mayo de 1970, en el que contestó al siguiente comentario de Emmanuel Carballo:

Nuestra literatura carece de genios y tiene una especial capacidad para producir escritores, a escala del idioma, de segunda a tercera categoría. Eso sí, muy diestros en el oficio, muy susceptibles al halago, muy provincianos y muy aburridos.

No escriben para ser famosos sino para que los opulentos los ocupen como amanuenses. Dóciles hasta decir basta, la gran

⁵¹ *Ibid.*, p. 456.

⁵² Véase Roderic Camp, *Los intelectuales y el Estado en el México del Siglo xx*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 11.

misión de su vida consiste en ser diputados o senadores, ministros, diplomáticos, funcionarios de primera, publicistas o gentes de cine y televisión. Escriben para dejar de escribir. Tienen vocación de asalariados, de burócratas, de secretarios particulares de políticos en plena bonanza.⁵³

Evidentemente, la escritora reprobió el juicio que Emmanuel Carballo publicó, justo dos días antes, en *Excelsior* porque, en su opinión, escritores tan destacados como Juan García Ponce, Emilio Carballido y Ricardo Garibay jamás habían dado muestras de escribir para alcanzar altos puestos burocráticos. Ella, por ser parte de la comunidad de las letras mexicanas, asumió la voz de todos con un sentido irónico: “Ahora que Emmanuel Carballo ha puesto en evidencia los mecanismos ocultos de nuestra literatura, pugnemos porque se extinga la especie hipócrita del escritor y que surja, esplendoroso, el hasta ahora inhibido y vergonzante hombre de acción y de rapiña”.⁵⁴

Como puede apreciarse, el juicio de Carballo trataba de desvirtuar los principios que guiaban la escritura de la chiapaneca: articular un discurso objetivo, veraz y original sobre México y su historia para servir a la sociedad y discutir con el discurso oficial. Por tanto, respondió sin temor al juicio denigratorio de un crítico con poder de influencia en el campo intelectual. Sobra decir que Castellanos se defendió sin una sociedad de bombos mutuos que la respaldara, con un valor alentado sólo por su convicción, pues, de alguna manera —al igual que las precursoras intelectuales de las que hablé en el primer capítulo—, no tuvo seguidores. Ténganse en cuenta la manera en la que se refirió al impacto que tenía en su campo cultural:

⁵³ Emmanuel Carballo en Rosario Castellanos, “La imaginación al poder: jamanuenses dóciles?”, en *Mujer II*, p. 470.

⁵⁴ Rosario Castellanos en *ibid.*, pp. 472-473.

Con ocasión del jubileo conmemorativo de los cincuenta años de vida profesional del doctor Ignacio Chávez ha vuelto a ser tema de reflexión y de comentario. Y como entre el coro de alabanzas que ahora se suscitan a su alrededor yo no quiero que falte mi voz (*aunque sea insignificante e inaudible será siempre —por lo menos— fiel*) voy a dedicarle este artículo.⁵⁵

Cuando dice que su voz es insignificante e inaudible no se menospreció, si así hubiera sido tampoco habría sido capaz de admitir los atributos positivos de su pluma. En mi opinión, se refirió al impacto que tenían sus impresiones en la comunidad cultural que celebró al doctor Chávez. En realidad, Rosario Castellanos no pretendía restarse valor ante la audiencia de *Excélsior*. Lo que ocurrió fue que jamás perdió la conciencia de cuáles eran sus posibilidades en un campo intelectual integrado y gobernado por hombres. Además, tomó la determinación de desarrollar una imagen personal y un proyecto propios, aunque eso no complaciera a la intelectualidad hegemónica.

Respecto a este asunto, el 17 de octubre de 1970, escribió un editorial que explica su sencillez: “Academia de la Lengua, reducto masculino: ¿y si hubiera una sólo para mujeres?”. En él, recordó con humor que, cuando el académico Francisco Monterde la propuso a ella y a otras escritoras como posibles miembros de la Academia Mexicana de la Lengua, inmediatamente, hubo una reacción en contra de sus candidaturas:

[...] se exhumaron los reglamentos según los cuales ninguna persona que haya sido registrada bajo el rubro de sexo femenino puede tener acceso a la institución que “limpia, fija y da esplendor” a nuestro lenguaje. ¿Por qué? Por la misma razón que Tobi y sus

⁵⁵ Rosario Castellanos, “Ignacio Chávez: el lado humano del genio”, en *Mujer II*, p. 537.

amigos pusieron el letrero prohibitivo a las puertas de su club, que indica con toda claridad que no se admiten niñas.⁵⁶

Al inicio del editorial, Castellanos advirtió que, al tratar este asunto, iba a *respirar por la herida*. Con ese dicho quiso aparentar que diría lo que diría por coraje; sin embargo, tomó las cosas con tal gracia que más bien *se curó en salud*. En primer lugar, en vez de pasar por su mente —como pasó aun por la de las más brillantes— encontrar un modo de masculinizarse o de atenuar su condición femenina, la chiapaneca la resaltó:

¿Pero qué quiere usted? A mí me tocó una suerte muy diferente de la de Sor Juana, quien afirmaba en alguno de sus romances que había venido al mundo para que si era mujer, ninguno lo verificase. En mi caso la verificación no es ni siquiera necesaria. Es tan obvio, pero tan obvio que nací “como la paloma para el nido”, como afirmó nuestro bardo clásico, que aquí me tienen, como la pequeña Lulú, tratando de imaginarme lo que sucede en el interior de ese claustro en el que deliberan y alternan nuestros dueños de la pluma.⁵⁷

Castellanos aceptó y resaltó su identidad femenina. En la misma medida, tuvo la suficiente lucidez para percatarse de que la actitud sexista de los hombres más cultivados de México se extendía hasta países de tantas luces como Francia. Mencionó que, en 1893, los académicos franceses rechazaron la candidatura de Paula Savari. Y, en su época, en la década de 1970, en el mismo país de la luz, todavía no se lograba que se tomara con respeto la candidatura de una mujer. Para dar cuenta de ello, Castellanos reiteró y comentó las palabras de la vehemente Françoise Paturier:

⁵⁶ Rosario Castellanos, “Academia de la Lengua, reducto masculino: ¿y si hubiera una sólo para mujeres?”, en *Mujer II*, p. 584.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 585.

“Planteo mi candidatura a la Academia Francesa —dice la Parturier— sin voluntad de provocación ni de escándalo, como una consecuencia lógica de ideas que defiendo con la pluma desde hace quince años y con el corazón desde siempre. Considero que llegó el momento de cumplir este gesto. No tengo ambición personal alguna. Sólo quiero abrir puertas. Las rechiflas, los sarcasmos, las risas y las preguntas idiotas serán para mí, el sillón para otro. Bien lo sé y me presento a la Academia Francesa, la primera entre todas las mujeres de ese siglo, sin mayor candidez que insolencia”.

Por lo visto está muy consciente de que su gesto tiene un valor puramente simbólico pero que carece en absoluto de eficacia.⁵⁸

Los temores de la francesa dan la impresión de que se internaría en un mercado, una central camionera o un penal, no en una Academia. Llama la atención que a Castellanos le pareciera, hasta cierto punto, normal ese panorama tan agresivo hacia una aspirante. Lo que en verdad le pareció llamativo fue que, a pesar de todo, Parturier se prestara a empezar a abrir camino. Quizás en consideración de ello, la mexicana no se empeñó en derrochar sus energías mostrando enojo y —mucho menos— se aferró a que se le incluyera en una institución regida por principios tan estrechos. En ese sentido, no pudo evitar comentar los posibles motivos por los que rechazarían la candidatura de Parturier: “ya han empezado a elaborarse los razonamientos por los que será rechazada y van a fundamentarse, sobre todo, en que sus libros son ligeros y bastante divertidos. ¡Dios mío!”.⁵⁹

Para una mujer para quien el humor fue un instrumento tan versátil, era inaudito que se descalificara una literatura divertida. En ese grado debió rechazar que se consagrara como signo de inteligencia sólo lo serio, lo solemne y lo institucionalizado. Por lo mismo, no quiso fundar su reconocimiento en los parámetros de

⁵⁸ *Ibid.*, p. 586.

⁵⁹ *Ibid.*

la Academia en turno. Es más, les sugirió a sus contemporáneas dejar de insistir en integrarse a esa élite patriarcal:

Pero lo que me preocupa ahora no es la calidad del talento de Françoise Parturier sino el sentido de la empresa que acomete. ¿De veras vale la pena asaltar estos reductos que tan celosamente han guardado para sí los hombres? ¿No se le hace el juego al enemigo y se acata la jerarquía de valores de una sociedad patriarcal cuando se empeña uno tanto en alcanzar una distinción como si de ella dependiera nuestra vida perdurable?⁶⁰

Rosario Castellanos no quiso alcanzar *la vida perdurable* granjeándose la simpatía de los intelectuales hegemónicos. Tampoco quiso alcanzarla quedando bien con la élite política, pues, como hemos visto, tuvo un compromiso sólido con la verdad y con la originalidad. Una mujer de su naturaleza debió ser temida por un Estado reaccionario.

HACIA UNA ROSARIO CASTELLANOS OFICIAL

Es necesario pensar en el tránsito de Rosario Castellanos de escritora independiente y relativamente apreciada, a la intelectual “al servicio del gobierno mexicano”. De acuerdo con Maricruz Castro Ricalde, siempre existió una estrecha *compatibilidad* entre el proyecto creador de Rosario Castellanos y el programa político-social del PRI. Además, según Castro Ricalde, la poeta estaba unida a los Echeverría por un afecto sincero:

La política social seguida por los presidentes mexicanos en turno, Adolfo López Mateos (1958-1964), Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) y Luis Echeverría Álvarez (1970-1976), era *compatible* con las temáticas sobre los indígenas, la mujer y la familia desarrollada

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 586 y 587.

desde su novela *Balún-Canán* de 1957 hasta los cuentos de *Los convidados de agosto*, publicados en el año de su muerte.

Su obra y su persona misma debieron haber producido una gran incomodidad en ciertos medios, aunque no la suficiente como para haber sido relegada o excluida del todo. Así, al rechazo, al poco aprecio por su escritura o al ninguneo del que fue objeto por algunos grupos culturales, Castellanos respondió con la publicación de nuevos textos y su incursión en la prensa diaria, lo cual le dio una presencia constante ante los públicos más variados. Si no era bien recibida por dichos círculos, ella se amparaba bajo la autoridad del Estado y de su principal representante Luis Echeverría, a quien le unía una sincera estima.⁶¹

Con respecto al primer párrafo, habría que analizar con detenimiento qué quiso decir Castro Ricalde con la palabra *compatible*. Pensemos, por ejemplo, ¿en qué medida tanto Castellanos como el gobierno priísta se preocuparon por los indígenas? A propósito de esto, Aralia López González afirma que, durante las décadas de 1950 y 1960, México sufrió un proceso de modernización de carácter industrial. En específico, durante el sexenio del presidente López Mateos se llamó *Desarrollismo* y se alejó de las preocupaciones sociales defendidas en un principio por la Revolución mexicana. El evidente abismo entre el proyecto desarrollista y el atraso de los indígenas no pasó desapercibido para Rosario Castellanos, quien tuvo una visión *incompatible* con la del discurso oficial, porque la de la chiapaneca era —según López González— una comprensión literaria inédita acerca de la composición de la nación mexicana:

[...] no se había considerado aún el conjunto de la nación mexicana y menos todavía, como tal, su problemática multiétnica y multicultural. Casi siempre, a pesar de las evidencias en lo contrario, al hablar de México se aceptaba el proyecto criollo que[,] desde la

⁶¹ Maricruz Castro Ricalde, *op. cit.*, 2008, pp. 88-89. Énfasis mío.

independencia política de España, suponía la imaginaria existencia de una nación unitaria y homogénea formalmente escrita en las leyes, occidental, ilustrada, blanca, masculina patriarcal que, en la práctica, poco tenía que ver con el conjunto muy heterogéneo de la nación real, considerablemente indígena y mestiza, agraria, en su mitad femenina aunque no necesariamente matriarcal, y más que alfabetizada escrituralmente partícipe de diversas culturas orales de carácter tradicional.⁶²

Durante el gobierno del presidente Díaz Ordaz, tal como lo he mencionado reiteradamente, mientras que la editorialista se empeñó en destacar la existencia de los marginados en la Ciudad de México, las autoridades se aferraron a negarlos. En cuanto a las políticas del presidente Echeverría, algunas de ellas fueron tan bien intencionadas como desastrosas. Así, la compatibilidad señalada por Castro Ricalde se mantiene en el plano de la apariencia. En realidad, la mayor parte de los gobiernos priístas no comprendieron el problema en el sentido profundo expuesto por la poeta chiapaneca, es decir, en sus dimensiones antropológica, jurídica, política, sociológica, cultural, religiosa, lingüística, filosófica y psicológica.

Además, es desproporcionado sostener que Castellanos se amparó del desprecio de los círculos culturales bajo el halo protector de los Echeverría. Es necesario tener muy presente que la trayectoria literaria de la chiapaneca fue mucho más larga que el *vínculo laboral* que estableció con el Presidente y su esposa.

Cabe reconocer que escritoras cercanas a Rosario Castellanos, como Elena Poniatowska, indican que la poeta les tuvo estimación a los Echeverría. Por lo tanto, es necesario distinguir entre la estimación y las relaciones de poder entre el campo intelectual y el campo político, sobre todo, en el sexenio de 1970 a 1976. En ese mismo sentido, habrá que analizar qué factores contribuyeron a

⁶² Aralia López González, "Oficio de tinieblas: novela de la nación mexicana", en *La Palabra y el Hombre*, núm. 113, 2000, pp. 119-120.

que Castellanos se sumara a las filas del Estado. Vale la pena valorarlo, pues esto tiene que ver con la imagen de la Rosario Castellanos oficial que promovió el gobierno de Luis Echeverría.

ROSARIO CASTELLANOS FUERA DEL PROYECTO CULTURAL MEXICANO
MÁS IMPORTANTE DE 1970: LA REVISTA *PLURAL*

El primer número de *Plural* se publicó en octubre de 1971; sin embargo, desde antes, Octavio Paz había previsto las características que debían tener la revista y sus colaboradores. En 1967, comenzó a gestarse el proyecto, pero, en vista de que su maduración —según el poeta— ocasionó que se extendiera demasiado y que se desnaturalizara,⁶³ su fundación se postergó hasta 1970. En ese año, Paz estableció que debía “ser un *centro de convergencia de los escritores independientes* de México. Convergencia no significa unanimidad y ni siquiera coincidencia, salvo en la común adhesión a la autonomía del pensamiento y la afición literaria no como prédica sino como búsqueda y exploración, ya sea del lenguaje o del hombre, de la sociedad o del individuo”.⁶⁴

Castellanos había dado amplias muestras de independencia y de que poseía una afición literaria variada. Tanto sus volúmenes de ensayos como su cátedra en la UNAM daban cuenta de sus intereses y conocimientos. Sin embargo, la afición literaria no tenía que ver nada más con sus conocimientos, sino con el desarrollo de un estilo poético admirado por Octavio Paz. La búsqueda y exploración del lenguaje que había hecho la chiapaneca no era satisfactoria para el célebre poeta, quien afirmó: “Rosario Castellanos es un temperamento menos complejo y agudo; su mirada es amplia y conmovedora su derechura espiritual. Su lenguaje es llano y, cuando no cede a la elocuencia, grave, sentencioso”.⁶⁵

⁶³ Véase Octavio Paz, “Historia y prehistoria de *Vuelta*”, en *A treinta años de Plural (1971-1976)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011, pp. 17-19.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 20. Énfasis mío.

⁶⁵ Octavio Paz, *Generaciones y semblanzas. Dominio mexicano del autor*, iv, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 126-127 y 351.

Además, había notables divergencias entre el pensamiento que cada uno había desarrollado en sus respectivas obras. Castellanos dio cuenta de esto en el editorial “Indagación sobre el ser nacional: la tristeza del mexicano”. El texto surgió gracias a Ana F. Aguilar, lectora de *Excelsior*, quien le pidió a la poeta que opinara en torno a las fallas de los mexicanos explicadas en *El laberinto de la soledad*: “Octavio Paz ha escrito cosas muy lindas e interesantes sobre el mexicano y su máscara, la nada de nuestra realidad ontológica y el haz de jeroglíficos que implica nuestra actitud hacia la vida. Ahora le toca a usted. Cuando pueda”.⁶⁶

La respuesta de Castellanos empezó con delicadeza: “El problema no es de oportunidad sino de capacidad. ¿Puedo?”.⁶⁷ Luego, en el transcurso del ensayo, adquirió un tono cada vez más decidido que le sirvió para “poner en crisis los lugares comunes que lo encubren”. Es significativo que dijera que pondría en crisis los *lugares comunes*, no las ideas originales y las representaciones de Octavio Paz acerca del mexicano. De haberlo hecho, habría caído en una confrontación directa con él. Además, lo que quería era cuestionar la lectura consagrada y popularizada del *Laberinto*. Prueba de ello es que, cuando estuvo en Madison, Wisconsin, el 9 de noviembre de 1966, le comentó al filósofo Ricardo Guerra: “Aquí todo el mundo delira por *El laberinto de la soledad* y se lo aprenden de memoria y explican y entienden todo lo mexicano al través de esto”.⁶⁸

Si a Castellanos le preocupó que los estudiantes estadounidenses elevaran las ideas de un ensayo a la calidad de dogma, debió causarle mayor inquietud que en México los lectores se sintieran agobiados por poseer una especie de gen social negativo que los determinaba al fracaso. Por eso, se esmeró en derribar los pilares del *Laberinto*:

⁶⁶ Rosario Castellanos, “Indagación sobre el ser nacional: la tristeza del mexicano”, en *Mujer II*, p. 643.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 643.

⁶⁸ Rosario Castellanos, *Cartas a Ricardo*, p. 226.

Por lo pronto, vamos a mandar al diablo ese dogma tan socorrido como falso (pero, ay, tan satisfactorio para nuestra vanidad) de que somos tan peculiares y únicos.

[...] hemos empleado métodos muy diversos —filosóficos, psicológicos, líricos— y hemos tenido como recompensa algunos hallazgos cuya validez siempre es rectificable.⁶⁹

Obsérvese cómo Castellanos empezó a revelar sus diferencias respecto a un pensamiento consolidado. Aunque al inicio del ensayo afirmó: “no he empleado ni mi tiempo ni mi atención en el desentrañamiento ni de una formulación ni de una ley [del comportamiento de los mexicanos]”,⁷⁰ es difícil creer que no haya pensado en este asunto, en primer lugar, porque debió platicar mucho al respecto con sus amigos del grupo Hyperión, y, en segundo, porque, si tomamos en cuenta su visión inédita de la nación mexicana, desde su juventud dudó de la existencia de una sola identidad del mexicano. Por lo tanto, es lógico que difiriera de Paz hasta el punto de afirmar que los hallazgos obtenidos a través de los métodos filosóficos, psicológicos y líricos eran *rectificables*. Sobre todo, da la impresión de que deseó que se rectificaran, pues la teoría de Paz fue cómodamente adoptada por los mexicanos:

[...] cuando describimos nuestros defectos lo hacemos con una complacencia tan exagerada que, quien nos contemplara desde el punto de vista de Sirio, creería que estamos hablando de nuestras cualidades.

El mecanismo es muy simple: aserción de un hecho, explicación de ese hecho gracias a los mitos prehispánicos, a la historia colonial, a los turbulentos años del principio de nuestra época independiente, a la paz porfiriana y a la gesta revolucionaria. Y, por

⁶⁹ Rosario Castellanos, “Indagación sobre el ser nacional”, p. 644.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 643.

último, señalamiento de lo que ese hecho tiene de estético, *mérito que no es deleznable para nuestra sensibilidad*.⁷¹

Debido a que ella no creía en esas leyes de comportamiento histórico, releyó brevemente el mismo trayecto temporal que Paz, pero llevó al absurdo cada motivo de derrota:

Vamos a poner un ejemplo: el mexicano es triste. ¿Por qué es triste? [...] Porque Malinche traicionó a su raza [...] porque la Conquista se hizo con lujo de fuerza y de crueldad y no como se hacen todas las otras conquistas que es a base de convencimiento [...] porque Santa Anna perdía una pata y metía la otra [...] porque nos terciamos el rebozo de Adelita y echamos bala con Pancho Villa y desorejamos cristeros y luego todo se metamorfoseó en un barrio residencial en el Distrito Federal porque... no, ya no.⁷²

Sin lugar a dudas, para Castellanos, los motivos de la tristeza del mexicano no eran más que una serie de circunstancias que nada tenían de especial. En realidad, Malinche no fue la única mujer a la que se entregó durante una guerra, ni la única que al convertirse en esclava les debía obediencia absoluta a sus nuevos amos. La Conquista fue tan sanguinaria como tantas otras en las que un pueblo se impuso sobre otro. Y la Revolución, en realidad, no cambió el destino de los más necesitados. En suma, la historia mexicana era turbulenta, sí, pero no era ni más ni menos turbulenta que otras historias. Por eso, Castellanos no estuvo a favor de fomentar la creencia de un destino nacional funesto; al contrario, tuvo la certeza de que el mexicano podía progresar:

Creo que, en el nivel en que padecemos, el problema es moral, pero en sus principios es intelectual. Cuando nos atrevamos a conocernos y a calificarnos con el adjetivo exacto y a arrostrar todas

⁷¹ *Ibid.*, p. 644.

⁷² *Ibid.*, pp. 644-645.

las implicaciones que conlleva, cuando nos aceptemos, no como una imagen predestinada sino como una realidad perfectible, estaremos *comenzando a nacer*.⁷³

Nótese que el sentido de la frase metafórica *comenzar a nacer* guarda correspondencia con otras metáforas antes expresadas por la escritora: *esperar a que amanezca* y *alcanzar la edad de la razón*. Con cada una, Castellanos guardó la esperanza de que algún día los mexicanos conocerían su historia, actuarían razonablemente para mejorar y abandonarían su actitud de subyugados eternos. En consecuencia, creyó que el conocimiento no era algo que tuviera que reservarse para el disfrute de la élite cultural. Entonces, escribió para todos.

Por ello, ni su modo de conducirse ante la élite intelectual, ni su estilo poético ni su pensamiento coincidió con el de Octavio Paz; por lo tanto, no cumplió con los requisitos para que se le incluyera en el proyecto cultural de mayor trascendencia de la década de 1970. En ese caso, la propuesta laboral más importante que recibió fue la de ministra plenipotenciaria de México en Israel. Puede admitirse así, no sólo porque se trataba de un cargo diplomático, sino también por las condiciones que la escritora puso para aceptar el puesto: impartir clases en alguna universidad de Israel y continuar con sus colaboraciones en *Excélsior*. Además, era una propuesta conveniente desde el punto de vista económico, personal e histórico, pues, en el momento en el que a Castellanos se le propuso ser embajadora, aún no contaba con una plaza en la UNAM,⁷⁴ estaba atravesando por un proceso de divorcio, era una de las pocas mujeres a las que se les había

⁷³ *Ibid.*, p. 645.

⁷⁴ Hasta noviembre de 1973, la UNAM le otorgó a la escritora su nombramiento definitivo de Profesor de Carrera Titular, nivel "B", tiempo completo, en la Facultad de Filosofía. Véase Departamento de Archivos de la UNAM, exp. 24287.

invitado a participar en la diplomacia mexicana⁷⁵ y su decisión de ser embajadora de México en Israel estuvo respaldada por el consejo del doctor Ignacio Chávez.⁷⁶

Con base en lo anterior, me parece que debe abandonarse el sentido condenatorio que ha rodeado el cuestionamiento de por qué Rosario Castellanos aceptó ser embajadora de México en Israel si era una intelectual independiente. Más bien debe formularse otra pregunta: ¿por qué el presidente Luis Echeverría la nombró precisamente a ella? Antes de responder, es fundamental recordar que, de acuerdo con la investigación de Roderic Camp, desde 1920 los gobernantes mexicanos idearon una forma de atenuar la oposición política. Ésta consistió en otorgarles a los opositores un nombramiento en la burocracia estatal. La medida era muy eficaz en tanto que implicaba la renuncia a sus ideas y a sus pugnas. Por ese medio se creó “una forma de ‘oposición leal’”.⁷⁷

A partir de los antecedentes mencionados, importa valorar a qué escritores de la oposición decidió incluir Echeverría en su gabinete, pues, de acuerdo con las observaciones de Camp: “en la práctica [el presidente] suele ocuparse sólo de las posiciones de

⁷⁵ De acuerdo con Maricruz Castro Ricalde: “Después de [Rosario Castellanos], hasta 2006, no se le había concedido ninguna embajada a escritora alguna y sólo se le han otorgado puestos de agregadas culturales a unas poquísimas creadoras reconocidas como la propia Silvia Molina y Margo Glantz”, *op. cit.*, 2008, p. 86. En ese mismo orden de ideas, hay que tener muy presente que incluso para las escritoras más brillantes y con una amplia carrera política no era fácil que se les concediera la dirección de una institución cultural importante. Griselda Álvarez, por ejemplo, aun cuando había hecho los méritos profesionales y políticos para que se le aceptara como Secretaria de Cultura, no lo consiguió y tuvo que conformarse con un puesto ajeno a sus intereses culturales. Véase Griselda Álvarez, *Cuesta arriba. Memorias de la primera gobernadora*, México, Universidad de Colima/Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 60-62.

⁷⁶ En una de las cartas que Rosario Castellanos le dirigió al doctor Chávez, desde Israel, le agradeció su consejo y comentó con él cuánta razón tuvo al decirle que el puesto le sentaría bien a su salud. Véase Rosario Castellanos, “186. De Castellanos”, en Ignacio Chávez. *Epistolario selecto (1929-1979)*, México, El Colegio Nacional, 1997, p. 339.

⁷⁷ Roderic Camp, *op. cit.*, 1985, p. 29.

mayor prestigio y poder”.⁷⁸ Se entiende por qué Echeverría eligió a Carlos Fuentes como embajador de México en Francia. Fuentes tenía un gran renombre nacional e internacional y, además, desde 1958 se distinguió por ser un acérrimo crítico del poder. Lo que no se entiende es por qué eligió personalmente a Rosario Castellanos.

Cuando Echeverría la designó embajadora, circuló una explicación bastante peregrina:⁷⁹ debido a que Golda Meir era la primera ministra, la representante mexicana también tenía que ser mujer. Aun cuando ése fue *el* criterio, cabe preguntarse: ¿por qué no designó, por ejemplo, a Griselda Álvarez? La colimense también era una mujer muy culta; la respaldaba una sólida carrera administrativa y política, y, sobre todo, era lo suficientemente

⁷⁸ *Ibid.*, p. 40.

⁷⁹ La explicación, aunque peregrina, es verosímil si se toma en cuenta que el Presidente tenía un razonamiento muy peculiar que lo llevaba a emitir juicios o declaraciones a partir de los cuales quería lucir como un hombre moderno, de acción y equitativo. Véanse Daniel Cosío Villegas, *El estilo personal de gobernar*, México, Joaquín Mortiz, 1974, y José Agustín, *Tragicomedia mexicana 2. La vida de México de 1970 a 1982*, México, Debolsillo, 2015b, pp. 11-135. Ahora bien, María Esther Zuno de Echeverría pudo influir en la decisión del Presidente, pues seguramente admiró las ideas de Rosario Castellanos. En relación con esto, la historiadora Rosa María Valles Ruiz señala que la primera dama sentó las bases de una política social que imprimió un sello de distinción al sexenio de su esposo. Su plan estuvo encaminado a la protección de la familia y al desarrollo de la mujer mexicana. Sin duda, sus proyectos se aplicaron esencialmente a los ámbitos de la beneficencia pública. Aparte, en el ámbito de las ideas, Zuno de Echeverría, en el Año Internacional de la Mujer 1975, expuso ideas muy similares a las que ya habían sido expresadas por Castellanos en su discurso “La abnegación: una virtud loca”. La primera dama declaró: “La igualdad ante la ley, para traducirse en hechos reales, requiere del establecimiento de igualdad de oportunidades en la educación y en el empleo, en una palabra, de una transformación verdadera de la estructura económica y social de un mundo configurado por los varones”. Véase Zuno de Echeverría en Rosa María Valles Ruiz, *Yo no soy primera dama. Biografía no autorizada de María Esther Zuno de Echeverría*, México, Premios DEMAC, 2006, p. 219. A esta declaración habría que añadir que, para el Presidente, las ideas de su esposa eran decisivas, pues, además de considerarla su esposa, declaró que era su par político en la lucha por el bienestar de la nación. Véanse del libro recién citado las páginas 107, 116 y 221.

valerosa como para asumir cualquier cargo que se le designara en cualquier parte del mundo. La única diferencia entre Álvarez y Castellanos es que la primera fue una priísta por convicción; en cambio, la segunda no perteneció a ningún partido político y, además, fue sumamente crítica. Con esto, quiero decir que debía ser más atractivo para el poder contener la voz de una mujer para quien la *vida perdurable* no dependía de quedar bien ni siquiera con los *inmortales hombres de letras*.

Ahora bien, si optamos por pensar en la selección del presidente Echeverría sin imaginar motivos que puedan calificarse de maquiavélicos, queda la opción de explorar otra hipótesis. La originalidad de la obra de una mujer como Rosario Castellanos no podía pasar desapercibida para los Echeverría, porque coincidía con la imagen que querían proyectar. Me refiero a su voluntad de presentarse como personas sencillas, cultas, populistas y progresistas. Qué mejor manera de apropiarse de las cualidades que no tenían que acercarse a los mejores hombres y mujeres de México; qué mayor prueba de apertura democrática que permitir que una escritora expresara, sin ambages, sus ideas feministas ante el mismísimo Presidente de la República.

ROSARIO CASTELLANOS EN LA MIRA DEL PODER

Poco después de ser nombrada embajadora de México en Israel, el 21 de febrero de 1971, Castellanos emitió el discurso “La abnegación: una virtud loca”. En opinión de Elena Poniatowska, la chiapaneca “produjo un discurso que nada tenía que ver con el PRI, que nada tenía que ver con lo que se había dicho nunca, al menos en público”.⁸⁰ En él, Rosario Castellanos sintetizó las investigaciones y las ideas que desarrolló durante veinte años en torno a la cultura femenina, pero fue mucho más allá de las interrogaciones e insinuaciones audaces que formuló en sus ensayos anteriores.

⁸⁰ Véase Elena Poniatowska, “Rosario Castellanos combinará clases, literatura y diplomacia”, en *Novedades*, 8 de marzo de 1971, p. 10.

Comenzó resumiendo cuatro siglos de la cultura femenina en México, y los abrevió afirmando que, después de las aportaciones de Sor Juana Inés de la Cruz, ninguna mujer volvió a proveer a México de una obra de la misma contundencia. Y que lo peor era que no podían hacerse mejores proyecciones en el siglo xx, pues los datos estadísticos señalaban que sólo 15 por ciento de las mujeres accedía a la educación universitaria. Enseguida, hizo una breve valoración de los sofismas del antifeminismo y los desaciertos del feminismo airado. Del primero, por primera vez, reprobó abierta y públicamente sus decretos sobre la inferioridad femenina; del segundo, su afán por solicitar la igualdad de condiciones, ya que —en el fondo— esa petición no representaba más que obligar a las mujeres a amoldarse a los requerimientos de la cultura patriarcal.

A su juicio, había que fundar un *feminismo auténtico* que, en primer lugar, se planteara qué significaba ser mujer. En ese sentido, se anticipó al concepto de *género* de Joan W. Scott, pues, aunque no lo produjo, aseveró que ser mujer no significaba lo mismo en distintas latitudes del mundo, y que su significado tenía que ver con sus alcances y limitaciones. Entonces, ya que no podía ni quería definir a todas las mujeres del planeta, se enfocó en la mujer mexicana.

Observó con contundencia dos valores contrastantes que ya había atendido en sus editoriales: la ley contra la costumbre. En esas ocasiones, las leyes del voto, la educación y el derecho al trabajo aparecieron con una dosis infaltable de injusticia, pues no tenían ninguna repercusión positiva para la mujer en el hogar, sitio en donde la mujer no dejaba de ser sierva. Asimismo, en esas reflexiones, Castellanos siempre identificó la existencia de hábitos inequitativos en la dinámica familiar que se asumían con tanta normalidad que la servidumbre femenina se vivía como una *hermosa* tradición. En ese panorama, injusto pero consagrado, siempre se apreciaba la necesidad de la escritora de encontrar el valor que favorecía la injusticia y la impunidad.

Por eso, este discurso es tan importante, porque, en el momento en el que Castellanos definió a la mujer mexicana, se percató de que la cualidad que más le demandaba su sociedad era la abnegación. Es significativo que durante todo su discurso la ensayista no recurriera ni una sola vez a la ironía —tal como lo había hecho en otras ocasiones que trató este mismo tema—. Pareciera que no quiso que la audiencia se perdiera entre los distintos sentidos de una figura retórica tan cargada de significados. Fue rotunda y, sin concesiones, acusó a la “virtud” de la abnegación y a las abnegadas: “La abnegación es la más celebrada de las virtudes de la mujer mexicana. Pero yo voy a cometer la impertinencia de expresar algo peor que una pregunta, una duda: la abnegación ¿es verdaderamente una virtud?”.⁸¹ Tiene razón Rosario Castellanos: preguntar implica intenciones distintas a las de dudar. Cuando se pregunta se espera con la mente abierta la respuesta de alguien que echará luz sobre lo desconocido. En cambio, cuando se duda de algo, entonces se sacan a relucir las inconsistencias o se muestran los vacíos y las falsedades de ideas, valores o costumbres fijas. En este caso, la escritora afirmó que una virtud que no está encaminada al verdadero bien común y que sólo puede engendrar inseguridad, dependencia, ofuscación, alcoholismo, machismo, hipocresía y mentira es “una de esas virtudes que se han vuelto locas”. Castellanos no se detuvo a conmover al público explicando por qué el servilismo y los sacrificios degeneran, enferman y corrompen. Pasó rápidamente del ámbito familiar al nacional diciendo: “Y para la locura no existe entre nosotros otra camisa de fuerza más que la ley”. Nótese bien que con esa sugerencia confirmó que, en su pensamiento, la familia y la nación son interdependientes. Por lo tanto, quiso denunciar abusos disfrazados por la sociedad con el nombre de *vida familiar*:

⁸¹ Rosario Castellanos, “La abnegación: una virtud loca”, en *Mujer II*, p. 666.

No es equitativo —así que no es legítimo— que uno tenga la oportunidad de formarse intelectualmente y al otro no le quede más alternativa que la de permanecer sumido en la ignorancia.

[...]

No es equitativo —y por lo mismo no es legítimo— que uno encuentre en el trabajo no sólo una fuente de riqueza sino también la alegría de sentirse útil, participe de la vida comunitaria, realizado a través de una obra, mientras que el otro cumple con una labor que no amerita remuneración y que apenas atenúa la vivencia de superfluidad y de aislamiento que se sufre.

[...]

No es equitativo —luego no es legal— que uno sea dueño de su cuerpo y disponga de él como se le dé la real gana mientras que el otro reserva ese cuerpo, no para sus propios fines, sino para que en él se cumplan procesos ajenos a su voluntad.

*No es equitativo el trato entre hombre y mujer en México.*⁸²

En los tres párrafos anteriores, se resumen algunas de las demandas de las mujeres que ya se venían exigiendo desde principios del siglo xx. Pero, ahora, Castellanos pasó de los derechos a los hechos y quiso que las mujeres se dieran cuenta de que la abnegación era, en realidad, un vicio personal y social. Por eso, es importante que lo haya denunciado de esa manera el Día Internacional de la Mujer: 1) ante la máxima autoridad del Estado, quien debía hacer posible que se dieran cambios apremiantes para hacer de México *una nación grande*; 2) ante la sociedad que debía dejar de fomentar una “virtud” y una costumbre deleznable, y 3) ante las mujeres, a quienes les sugirió hacer valer sus derechos, abandonar el anonimato, tener temple moral y constancia para luchar todos los días. Con esa actitud, establecerían “Una batalla que, al ganarse, está gestando seres humanos más completos, uniones más felices, familias más armoniosas y una patria integrada por ciudadanos conscientes para quienes la libertad es

⁸² *Ibid.*, p. 667.

la única atmósfera respirable y la justicia el suelo en el que arraigan y prosperan y el amor el vínculo indestructible que los une”.⁸³

En suma, de 1968 a 1971, Rosario Castellanos dio amplias muestras de ser una intelectual. Es justo llamarla así, pues, aunque no comulgó con las ideas de la intelectualidad hegemónica y no fue reconocida, logró desarrollar un pensamiento complejo: orgánico, en la medida en que logró relacionar a la familia con toda la nación mexicana; valeroso, ya que denunció los abusos del sistema de poder en todos sus estratos; comprometido, porque les prestó su voz a los oprimidos para hacerse visibles y audibles dentro de la realidad mexicana; original, pues no se empeñó en satisfacer los “requerimientos” de la élite cultural patriarcal y concibió una forma femenina de ser intelectual. Tomando en cuenta la serie de cualidades de Castellanos, cabe preguntarse si su incorporación al gobierno se trató de una estrategia de segregación velada o si el Presidente decidió incorporarla a su equipo porque ambos compartían preocupaciones sociales similares.⁸⁴ En ese sentido, es fundamental explorar cómo se comportó Castellanos intelectualmente durante su estancia en Israel.

⁸³ *Ibid.*, p. 668.

⁸⁴ No es fácil calificar categóricamente las motivaciones del presidente Echeverría, pues en muchas ocasiones impulsó a personas y a causas con las que en verdad estuvo comprometido. A partir de esa idea creo que es pertinente tener presente una observación que Daniel Cosío Villegas efectuó en relación con él. “Echeverría es cordial y su cortesía, además, es un tanto ceremoniosa. A pesar de ello, no puede ponerse en duda que su cortesía es genuina y que se empeña en ser amable con todo el mundo, y más aún con los desvalidos o los modestos”. Véase Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, 1974, p. 48